

TODAS MIS CALLES LLEVAN TU NOMBRE

ANTONIO MONTES



Universidad
de Huelva

TODAS MIS CALLES LLEVAN TU NOMBRE

ANTONIO MONTES



IV PREMIO CERTAMEN NACIONAL
IBN HAZM DE POESÍA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE, 2

- Juego de cartas, 3
- Si no es amor, se le parece, 4
- El descubrimiento, 5
- Homenaje, 6
- Ayer, 7
- Este casi corazón, 8
- Una noche cualquiera (regalo), 9
- Arrepentimiento, 10
- Escaso viernes, 11
- Fin de todo, 12
- Autorretrato de madrugada, 13
- Dos semanas (amor y odio), 14

SEGUNDA PARTE, 15

- Enumeración segunda, 16
- Libro, tomo, página, 17
 - Ojos cerrados, 19
- Esbozo, 20
- A veces, 21
- Acaso tú, 22
- Ahora sí, poema de amor, 23
- Libro de poemas, 24
- Detalles, 25
- Dos y media, 26
- Hacer es vivir más, 28
- ¿Por qué escribir?, 29

PRIMERA PARTE

Juego de cartas.

Recibo poemas por e-mail. Los imprimo.

Los leo. Los quemo.

--

El aire acondicionado me empuja
por la ventana. Mis dientes arañan
la acera. Pasa alguien. Me mira
distráido mientras agonizo. No
ha leído a Faulkner.

--

El teléfono me regala un par
de tardes de libertad. Los números
no son más que un breve acaso retrato.
Déjame. Volveré tarde, lo sabes.

--

La nevera quizá. El microondas.
La bolsa de la basura. La tabla
de planchar. Cualquier sitio es
bueno para esconderse de ti.

--

No quiero escribir más. Cada tecla
un mordisco para mis dedos. Duele
el tiempo, duele la sangre nunca
derramada. Duele.

Si no es amor, se le parece.

Cualquier boca es buena para el beso.
La tarde cabe en un nombre musitado.

--

Ni siquiera la música se deshace.
Déjame seguir así, buscándote.

--

Pero antes un recuerdo: la chica
vestida de negro, sola en mitad
de la nada la noche primera.

--

La voz siempre llega a través de la
ventana cerrada. Las risas se
disfrazan para ser toleradas.

--

La llama busca tu cuerpo
igual que yo.
La camiseta arde
en complot con mis vecinas.

--

El recuento acaba
demostrando esas palabras
que jamás admitiré
haber pronunciado.

El descubrimiento.

El hombre grita en su esquina.

Es olvido. Es azul.

--

La mujer gira un segundo la cabeza.

Los ojos. El asombro.

--

La nueva melancolía se regala.

Aún no es el momento.

--

La tarde es una indiferencia espesa.

Se derrama de tus bolsillos.

--

Sin darte cuenta.

Es el regalo que no esperas.

--

Te miro en silencio. Me sabes.

Te busco en cada palabra.

--

Acaso nunca. Acaso siempre.

Tu nombre.

--

La última palabra no ha nacido.

La última mirada es ayer.

Homenaje.

Este poema vale
el tiempo que quieras dedicarle.

--

Una uña arrancada
a fuerza de semilla insistente.

--

Una cama que no nunca
será la que soñamos
cuando me supiste tuyo.

--

La mujer que llora por la calle
no sabe que la estoy mirando.
Nadie más la mira.

--

A veces no es suficiente el aire
para arañar por dentro la garganta.
Déjame seguir así, buscándote.

--

Quizá no alcances nunca a saber
de la dureza de un ojo bajo el zapato.

--

El tiempo se escapa y no quiero estar
hecho de melancolía. La nostalgia
es el refugio de los cobardes.

--

Cada verso un golpe en la frente.
Cada día un lento dejarse ir,

desvanecerse.

Ayer.

La vieja con su peluca cerrada.

La silla en la puerta.

--

El cubo de agua recién levantado el día.

Las escaleras por las fachadas.

Las cabezas del pescado.

--

La amenaza siempre pendiente
sobre las cabezas.

--

El perro hincando sus colmillos
en la pierna del niño,
los rincones convertidos en castillos.

--

Los sellos en el banco
cuando salíamos de la escuela,
el muro de la carretera para escalar,
el escondite en los jardines del médico.

--

Las primeras comparaciones.
El aire que se escapa una noche cualquiera.
La biblioteca los días de lluvia.

--

La madre que pierde los tacones a la carrera.
Los ojos que se abren, las vecinas abarrotando
el dormitorio. La voz esperada por todos:
Tengo hambre.

Este casi corazón.

Escribiré que bendigo este casi corazón en huelga mía.
Elena Medel.

De acuerdo,
son las cinco y media de la madrugada
un abril martes apenas empezado a bostezar.

--

Yo en mi tibio azul rincón
escribiendo que te echo de menos.

--

Las sábanas aún recuerdan tu sudor y el mío,
la ventana abierta de par en par.

Un aire helado que engaña
cualquier posibilidad de lágrima.

--

Quizá no vuelvas nunca a alimentar mis labios
con tu respirar apresurado.

--

Cada palabra araña el papel.

--

Cada palabra

una nueva herida
en tu recuerdo.

--

Pero este casi corazón en huelga mío
te sigue esperando.

Una noche cualquiera (regalo)

He salido de copas con Ana Ajmátova
y Marina Tsvetáieva.

--

Llegas con un libro de Wislawa Zymborska
y pides una ginebra en vaso azul.

--

Dos chicas se miran con ganas de devorarse,
yo también tengo los ojos ocupados
pero me tengo que conformar
con un baile en brazos de una profesora
de filología que, no sé por qué,
me inspira una infinita ternura.

--

La noche se va entre poesía,
música y alcohol.

--

Las chicas terminarán juntas en la cama.

--

La profesora se irá con su cara de tristeza.

--

Ana y Marina sonreirán, pensando:

Ya lo decía yo.

--

Y yo... yo me conformo con buscar,
al día siguiente,

un libro de Wislawa

por todos los rincones.

Arrepentimiento.

Como empujar la lápida en busca

de unos huesos nunca conocidos.

Son los últimos mitos de la familia,

desarmados una tarde cualquiera.

--

La uña se deshace entre los dientes.

No tiempo para el día nuevo.

Anochece entre tus manos.

--

La voz nos llega esquinada y rota.

--

Tenía en vena inyectado tu nombre,
pero los antibióticos lo han borrado.

Ya no necesito tu sombra.

--

Cuando el viernes comienza

mirando por la ventana mejor
no imaginar cómo será el final.
Es sangre lo que ahora veo.

--

Elige un libro para envolver el pescado muerto.
Para algo han de servir mis versos.

--

Una bolsa blanca,
una virgen lleva treinta años bajo la lluvia.
Ahora sufre castigo oscuro.

--

No puedo echarte de menos.

Escaso viernes.

Hay manos que saben arrancar los ojos.
Es siempre escaso el tiempo de la duda.

--

Porque agota buscar palabras
entre jirones de piel escasa.

--

Caminar también es un castigo,
la piedra busca el interior de cristal o verde.
La arena sirve de excusa para unos cuerpos.

--

No grites, yo sólo quiero
que me hables de Aleixandre.

--

Esa mujer que corre por la calle
como si fuera a abrir las puertas a la aurora.

--

Al fin me he deshecho de la voz hiriente,
su cuerpo, el dolor al cuello solo por tener
que escucharla. Son un par de días,
la liberación siempre es condena.

--

La liberación siempre es condena.

--

Quizá no haya lugar para la esperanza.
Se hace tarde. Un último resquicio
antes de correr hacia el acantilado.
Es bueno tener cerca un rincón para el suicidio.

Fin de todo.

Una vez más el portazo azulea la noche.
Los vecinos deben odiarnos.

--

Te veo, lágrima toda sobre la cama.
Me encojo de hombros.
A veces un libro es mejor
que un muro de cemento.

--

El sofá la tele

los pies encima de la mesita
solo para molestarte
el grito duele por dentro
sabemos dónde golpear
con la precisión de un bisturí.

--

El privilegio de la intimidad:
sabemos dónde duele de verdad.

--

A veces una cama puede ser
grande como el mundo.
Cada uno en un continente,
separados por un océano disfrazado en sábanas.

--

Haces un nuevo amago de abandono.
Los dos sabemos que durará poco,
casi la puerta abierta.

--

No me gustan los finales felices,
así que no diré nada
de los nuevos besos tras la tempestad.

Autorretrato de madrugada.

Apenas eres más
que el último breve trozo de hielo
brillando en el fondo del vaso.

--

Las luces, la música dentro de tu cabeza.

--

Luchas para mantener los movimientos
descoordinados a los que llamas bailar.

--

Ves a tu lado,
tan cerca que casi duele,
una toda sombra
a la que te gustaría abrazar
a puro mordisco insistente.

--

Acurrucados en cualquier rincón
de este antro que ha llegado a ser
algo así como tu segunda casa.

--

Cada noche.
Cada noche.

--

Pero la sombra se aleja
y solo te queda el resquemor en la boca
y los turbios pasos
y los amagos de empujones
con los que consigues acercarte a la barra
y pedir otra copa.

Dos semanas (amor y odio)

Martes escondido en una mano de plata vieja
Sábado buscando restos de saliva insistente

--

Jueves dibujando sueños con un hueso
Lunes la sonrisa casi tatuaje en tus labios
Viernes eterno siempre en tus manos

--

Domingo de absolución para mis no pecados
Miércoles besando el nombre que me mira

--

...

--

Miércoles desnudo de recuerdos muertos.
Domingo inventando palabras que te hieran

--

Viernes con la dureza de una mano restrictiva
Lunes buscando refugios no nunca
Jueves engañando a los que preguntan

--

Sábado por un segundo de descanso
Martes solo aquí solo aquí solo

SEGUNDA PARTE

Enumeración segunda.

Nombres.

--

La muerte

el silencio de resquicios

el polvo enquistado por dentro

la fecha quemando los dedos que se tocan.

--

La última quizá visita

la espera del martillo insistente

la madera mordiendo un metal imposible.

--

Las flores pestañosas

su reflejo

su triste arrastrar pasos

por caminos masticados.

--

Las miradas que nos saben

las palabras en vela

las horas musitadas no consuelo momentáneo.

--

Mañana es el ayer que se desnuda

hoy es la boca que me nombra.

--

Tú

tu sombra

tu breve latir

ya nunca.

Libro, tomo, página.

Llega el imposible grito a través de la ventana.

--

Es un silencio recosido
en el que me resguardo de tu sombra.

--

Es la tibia espera
del que todo lo perdió
y sabe que ya no es más
que un nombre olvidado
en busca de unos labios que lo digan:
es la muerte.

--

Es la breve siembre breve
estación de la esperanza.

--

Es el abrazo en mitad de la calle
cuando nadie nos mira.

--

Es la envidia de unos ojos
que no son ojos
más que cuando nos miran.

--

Es el pasear por rincones ayer todo
y hoy solo persianas de metal enmohecidas
(ni siquiera una foto en la cartera,
ni siquiera el humo enredado
entre los dedos).

--

Es la escalera que ansía el resbalón
para poder romper el cuello
y la sonrisa.

--

Hay cosas que sería mejor no recordar.
Tu noche.
Tu claro disfraz en beso.
El cuerpo ofrecido detrás de la facultad.

--

Es la puerta que se cierra sabiendo
lo que fue el mañana
y lo que será un ayer
por nunca repetido.

--

Ya lo susurraste en mi oído:
el hoy debe su ser
a un ayer imprescindible.

--

Es el pulso que se dibuja a duras penas
sobre un teclado,
sobre su simple vida cotidiana.

--

El ansía por encontrar
un último resquicio de lucidez,
una nueva excusa,
un casi refugio que justifique
toda una vida de incompetencia.

Ojos cerrados.

Porque tal vez estés ya muerto
cuando este libro aún no esté acabado.

--

Ahora es tu siempre todavía
a la espera de lo que temes
más por inevitable que por oscuro.

--

Son los días arañados a unos médicos
que se extrañan de tanta resistencia.

--

Nada funciona como debiera
pero tan absolutos fallos
parecen compensarse
en un perfil de equilibrio
antes de la tormenta.

--

No nunca nadie cayó antes de tiempo.

--

Tu cada trabajoso nuevo amanecer entre
estertores
se convierte en la amalgama de recuerdos
que te dan forma.

--

Suena el teléfono.

--

Esbozo.

Me siento a imaginarte como eres.

--

Mi voz se entremezcla con cada una
de las palabras que se escapan entre los
dedos como insectos-arañas-gusanos
breves incapaces de dar nombre a un
hombre y ponerlo, ahí delante, de pie.

--

Por eso me conformo con lo que puedo
acaso fantasear, lo que puedo inventar
allá donde el conocimiento aún no ha
llegado o quizá no llegue ni tan siquiera
a rozar.

--

(La piel sí, los labios, los ojos más
azules de lo que debería estar permitido,
las manos volando sobre el pecho).

--

Ese ser-actor
que me ofrece una representación
privada a cambio de un puñado de besos
y una lengua que parece
saber siempre cuál es
el mejor rincón.

--

Tu dibujo no es más que un
esbozo y me tengo que quedar ahí, mirando

los fragmentos que me quieres regalar cuando
me miras.

A veces.

Esas fotos
en las que parecemos
más delgados más guapos
más morenos más sonrisa siempre.

--

Esas fotos en las que somos
más obscenamente jóvenes
y, como es la obligación
y el privilegio de los veintipocos,
nos exhibimos descarados,
sabiendo que el reflejo será posible.

--

La magia de la noche
las copas desperdigadas por el suelo
el camino ruidoso hacia la discoteca
donde el portero me conoce
y me deja entrar saltándome la cola.

--

Las luces y los bailes encima de una tarima
justo en mitad de las miradas
orgullosos de ser y de estar
aquí y ahora.

--

Sin pensar, por suerte,
en otro aquí y ahora
que solo sirve
para mirar melancólico
unas fotos
en las que somos más delgados
más guapos más morenos
más jóvenes y más sonrisa siempre.

Acaso tú.

Alcanzo apenas un débil retazo de tu cuerpo.

--

Siglos caminando a oscuras
buscando el tibio disfraz
de esa sombra
que quisiera sonreírme.

--

Es enero noche
y cerca un respirar se apaga.

--

Es una ciudad indiferente
y su silencio
casi repasar mi lengua por tus piernas.

--

Se cierran los ojos

para más saborear tu aroma.

--

Mi perfume la camisa que has cogido
del armario el sudor nuevo y su reflejo.

--

Son otros ojos
los que ahora se cierran para siempre
sin saber que mientras está llegando
su muerte también llega paso a paso
mi vida.

Ahora sí, poema de amor.

Quiero morir con tu nombre en mis labios.

Pablo García Baena.

Pasaré las noches adorando tu cuerpo.

--

Entre hielos y rodillas que saben
lo que es un suelo escondido.

--

Sonará una música taladrando
el alcohol que embota tu mirada.

--

Tras la barra, una colección de músculos
brillando, sus telas de artificio, su cansancio
de escaparate siempre (en cualquier rincón
consagrado a un polvo duro).

--

Bajaré por ti hasta ese cielo
en el que los creyentes
morirían de horror
o placer a manos llenas.

--

El grito esquinado
al alcance de unos ojos oscuros.

--

Será entonces cuando más te busquen
mis labios para musitar apenas el tuyo nombre
en mitad de ese viejo mundo de caricias.

Libro de poemas.

Quizá fuera mejor vivir
en las manos de Cavafis.

--

Deja de preguntarme.
No hay espacio ahora
para la duda.

--

Si quisieras podría dibujar
un milagro a tu medida.
Siempre he tenido alma de ilusionista.

--

Pero yo no sé mentir. No soy poeta.

--

Escucho tus excusas de estreno
con una sonrisa esquinada.

--

Nuestro único deber es inventar
un universo que nos tolere. A veces
no queda más remedio que el tenue
rincón oscuro para tus palabras.

--

Espero el regalo de tu silencio.

Detalles.

Un erotismo que te llena los bolsillos
sacia tu sed derramándose
como un río desbocado, fértil abajo.

--

El ángel azul que vino de tu mano.
Cierro el libro. La Dietrich
me besa en blanco y negro.

--

Una pasión que te vence,
te derrota, te arroja sobre la cama deshecha,
sobre las entrañas deshechas,
carne desnuda, amasada, ahíta.

--

Los dedos dudan sobre un teclado

más parecido a una araña que a
una sombra sobre la que recostarme.

--

Voz que te llama en silencio
con la tibieza del susurro cerrado,
impreciso en los dedos.
Lucha eterna, sagrada, de los cuerpos.

Dos y media.

Mi rutina no se sacia con la tuya.

--

La verdad que como espina enquistada
supura e insiste
con su presencia incómoda a la que todo roza.

--

Escribir es la forma que tengo
de llenar el hueco que me dejas.

--

Hacer es vivir más,
susurraste a mis ojos sin medida.

--

Me mirabas ansioso, dudando
entre devorarme o lanzarte a
correr por las calles descalzas.

--

Ocurre que a veces creo

que solo te quiero cuando estás lejos
y que no eres tú
sino la imagen que de ti invento
la que llena mis sueños.

--

Vale, debería dejar la costumbre
de masticar arena cuando me aburro.

--

Y así ando ahora,
bordando con lápiz y papel
lo que tú escribes con tu aguja.

--

Hay que estar muy loco para pensar en un
poema en vez de preocuparse por la hipoteca.

--

Lo confieso: corté la oreja de Van Gogh
por desesperanza. Aún la mastico cuando
tengo poco que hacer. Está bastante dura.

--

Serán las uñas las que dibujen
mis ojos
en tus espalda.

--

Quizá me traslade a vivir en un Chagal.
Depende de lo que pidan por el alquiler.

--

El niño que respira agua también
un día quiso vivir dentro de un cuadro.
Por supuesto, eligió una naturaleza muerta.

--

Hay veces en que ni la magia
de María nos sirve de memoria.
No arranques aún la piel: respira.

--

¿Qué puede esperarse de alguien
que se crió en una biblioteca?

--

Pero te busco
con un temblor patético en los labios:
te busco contra los restos crueles
de mi sinvivir indiferente.

Hacer es vivir más.

Ya es hora
de ir recogiendo
hueso a hueso los bordes
de una vida arruinada.

--

Nunca vuela el necesario
escondite de las palabras,
nunca sé del momento
en que se me ocurre
la respuesta adecuada
para tus insultos.

--

Es el dolor
de un cuello sin puntales.

--

Es el tener que conformarme
sin gritar tu nombre
en la ventana, mientras
las vecinas me miran
de reojo, contentas
de tener un nuevo escándalo
para sus lenguas insaciables.

--

Porque siempre hay guerras
perdidas de antemano.

--

Hacer es vivir más,
susurraste a mis ojos sin medida.

¿Por qué escribir?

¿Por qué escribir si ya vivió Aleixandre?

--

Como corroer páginas sedosas
en unos dedos que se mueren de envidia
por no encontrar esas palabras
(una palabra tuya, Vicente,
sí que servirá para sanarme).

--

Porque por ti
me miran la ciudad que no existe
y la muchacha muerta y la lava rugiente
y la mujer que corre por la calle
como si fuera a abrir las puertas a la aurora,
y ese sol que suavemente
toma al viejo en una plaza chiquita
y lo deslía.

--

Y los amantes, por ti,
todos los amantes del mundo
capaces de verse sin más luz que la suya
vienen a conocerme sin darse cuenta.

--

Te saludo, Vicente:
todas mis calles llevan tu nombre.